

Leer imágenes como ejercicio de infancia

Elefantes en el cuarto

SINDY ELEFANTE (TEXTOS E ILUSTRACIÓN)

El Cohete, Bogotá, 2016, 108 pp.

LEER IMÁGENES es uno de los primeros actos lectores –¿o el primero?– como pequeños *homo sapiens*. Un lenguaje que nos es común: jugar, construir y darle significado al mundo desde las palabras que suscitan las imágenes; incluso desde los otros sentidos, como las imágenes que vienen del olfato, del tacto, del oído y del gusto, y también de los sentimientos, como amar o llorar. Los libros de imágenes son para ser leídos: los niños leen imágenes, los adultos leemos imágenes. Los niños que no leen y los adultos que aún no leen deberían comenzar por leer libros de imágenes. En ese ejercicio connatural al juego intelectual del humano, crear ¿o ficcionar?, en mi opinión, es el mejor talento de los lectores, y para el caso de las narraciones gráficas, resulta natural, tranquilo, desenfadado.

Abro el libro y descubro un océano de colores y una mujer joven al borde de él: es su cuarto; lo revelamos entre las líneas irregulares y el desparpajo del color. No es un cuarto ilustrado en el rigor del dibujo figurativo, pero lo es en la expresión que da el gesto común: los libros, la cama, la ropa en el piso y el escritorio hablan de un universo que es propio, el de Sindy Elefante. Ella se arroja a través de esta reflexión reminiscente desde la ilustración para reconstruir su vida de niña, su despertar a la adolescencia y a la sexualidad. En esos saltos de tiempo narrados de forma pendular también es importante el color, ya que sabemos en qué momento estamos gracias a él. Estoy ante un gran libro de imágenes y en el ejercicio a veces antipático de querer clasificarlo todo, pero necesario para que los puentes para quienes llegan sean claros y estables, podríamos llamar a este relato ilustrado un *cómic*.

Como las imágenes aquí no son decididamente explícitas, podemos detenernos a “leer”, descubrir, articular y recrear lo que no es evidente, una cualidad de la estética, punto de inflexión para un lector y prolongación

deliciosa de su lectura. Esa narración pendular de *Elefantes en el cuarto*, que nos lleva y trae de regreso en el tiempo desde el color, está contada en cuatro momentos, una suerte de maqueta autobiográfica que inicia con la construcción de arquetipos desde la familia y su estadio en la infancia, y que irá creciendo con la voz de la autora. Descubrimos entonces cuatro estadios distintos de consciencia en la voz de Sindy, aunque no lo haga su dibujo, algo muy lindo porque este es uno que siempre nos recuerda la infancia. ¿Podría significar que ella jamás pierde su cualidad como tal?

“¿En dónde estará la calculadora? ¿Será que la vendí y no me acuerdo? No la he visto desde que dejé de estudiar ingeniería”. La pregunta y la exploración es la forma en la que Sindy abre cada capítulo y, claro, la tarea es poner cabeza abajo su cuarto para sacar cosas que no utilice y ayudar a su madre en una donación; pero esta sencilla apertura y articulación en la narración da cuenta de varias cosas en su calidad literaria. La primera es el recurso narrativo cercano, desenfadado, es decir, no se trata de leer la rigurosa autobiografía de un artista, sino de sentarse con un amigo a charlar o a escucharlo, y entretanto se van desempolvando cajas. Esa noción de pobreza que guardábamos de la literatura que hace uso de recursos narrativos modestos como este ha ido cambiando, y podría citar a grandes autores como el emblemático escritor chileno Roberto Bolaño, que se sienta a charlar con sus lectores para justificar cualquier cosa; pero no, mejor no, porque me gusta el desenfado en la construcción de este libro y quiero que así mismo sea esto que ustedes leen y porque, sobre todo, él mismo se sostiene sin referente ni hipertexto: la gran y bella metáfora que ocurre cuando se busca entre las cosas viejas, cuando se vuelve a abrir cajas, la memoria y los objetos, concretos o abstractos, con que la construimos. ¿Será por eso el título con el sustantivo *elefantes*? O, ¿podría tratarse acaso de un adjetivo?

Hay algo que, por los tiempos que nos ocupan, quiero resaltar más por su contribución que por ser punto de distinción: el personaje del libro como su autora, imagino yo, es homosexual, y el despertar de su sexualidad al que

antes hice referencia alude a esta condición. Pues bien, no he encontrado forma más tranquila y sensible de proponer algo que aún causa tanto conflicto afuera y adentro de los implicados que este libro. Entonces se lo recomiendo un montón a todos los lectores y visitantes de mi librería, porque no es el propósito esencial de la pieza discutir la sexualidad, sino dar cuenta de la experiencia sensible y emotiva que en calidad de humanos tenemos mujeres y hombres al estar vivos y vivir amando, y en eso todos podemos hallar identidad y sentir empatía.

Elefantes en el cuarto es uno de los escenarios más deliciosos de la producción editorial contemporánea y de seguro uno de los más subutilizados, por lo menos subestimados. En ese marco, opino que es un halago que una pieza excepcional en el tema sea de una autora colombiana tan joven como Sindy Elefante. Ojalá nos lleguen más historias dibujadas desde su escritorio, en su cuarto o en su cama, siempre en la calidad de amigos en que nos ha dado trato hasta ahora.

Lucas David Insignares Páez

Director Libros Mr. Fox